

manda que les salgan nervios y se cubran de carnes y piel. Abriguemos la esperanza de que algún día realice ese prodigio estudiando; pero tengamos por seguro que mientras el espíritu de Dios no sople de los cuatro vientos, no resucitarán.

1895.



DISCURSO

sobre la

INSTRUCCION PUBLICA EN SAN LUIS POTOSI,

DURANTE LA DOMINACION ESPAÑOLA,

Pronunciado en el Teatro de la Paz de San Luis Potosí,
la noche del 6 de Junio de 1897,

en la

inauguración de la Sociedad Científico-Literaria
de la misma Ciudad.



CON la presteza del soldado que se yergue no bien escucha las primeras notas de la diana, hemos acudido aquí al llamado de beneméritos caudillos. Es la primera vez de nuestra historia que en compacto batallón se alinean veteranos y reclutas de la ciencia; y en razón nos congratulamos de ver cuán noble ardimiento se pinta en todos los semblantes y cómo pueblan el aire jubilosas aclamaciones. Es que tanto á los devotos de una fe secular y conservadores de tradiciones gloriosas, á los hombres del pasado como á los heraldos de las nuevas ideas, á todos atañe procurar que en la alborada del siglo XX, cuando de sus manos ya trémulas llegue la nueva generación á

recibir la bandera de nuestros mayores, pueda antes contemplarla, si desteñida y desgarrada por los agravios del tiempo y los azares de la lucha, flameando orgulloosamente sobre el almenado torreón, á cuyo pié han velado tantas noches las armas y los ha sorprendido la luz de largos y fatigosos días.

Mas en balde habría esta corporación adoptado el lema de Humanidad y Patria, si cada uno de nosotros no pugnara por subir adonde, abarcando el conjunto, se tiene la noción exacta de las cosas. A medida que uno sube, los detalles de abajo se pierden, las pequeñas figuras se borran, los colores se confunden. Por eso los grandes, los héroes, los sabios, no son hombres de partido: cuanto más se elevan, mejor olvidan el rincón político en que se sentaban, y al llegar á la cima, no son ya monarquistas ó republicanos, de la derecha ni de la izquierda, sino que señorean las fracciones, dominando la extensión en su vasta y grandiosa unidad.

¿Quién de los héroes ha creído jamás defraudar su propio mérito, reconociendo la prudencia ó valor de su contrario? Recor-

daréis la visita de Priamo á la tienda de Aquiles. Va de noche, desarmado, como suplicante, á pedir el cadáver que se había complacido Aquiles con arrastrar una y otra vez en torno de las murallas. "De tantos hijos valientes que defendían á Troya, le dice, ninguno me queda ya; á tus manos han muerto muchos de ellos; tú mataste al último, á Héctor, mientras combatía por su patria. ¡Dame su cadáver! Reverencia á los dioses; acuérdate de tu padre; y duélete de este anciano, que muy desventurado debe de ser, puesto que se ve obligado á besar la mano del hombre que á tantos de sus hijos dió muerte." Basta invocar al padre, la sagrada personificación de la patria, para que el vengativo héroe se ablande. Y llora y otorga lo que se le pide. Y no sólo otorga, sino que honra al suplicante haciéndole sentar á su mesa; y no sólo le honra, sino que rinde homenaje á sus venerables canas, á su majestad y á su elocuencia.

Con el mutuo respeto y admiración de los héroes sólo debe equipararse la alteza de miras que al verdadero sabio distingue. Ni menosprecia los antiguos sistemas, ni acertara á desdeñar las nuevas teorías. Bro-

ta la chispa eléctrica de dos nubes contrarias. En el fondo de los abismos palpita vagaroso aliento, como en lo más secreto de los corazones el amor. En la ancha fragua del éter se forjan los huracanes devastadores, y agita sus tenues alas el céfiro que mece dulcemente las hierbecillas y las rosas. Nada hay despreciable ni perdido. En la constante renovación de la naturaleza y en el torbellino que lo revuelve y esparce todo, no hay hoja seca, ni fruto podrido, ni simiente desgraciada. Adonde quiera vayan esos míseros residuos, doquiera caigan, adoquiera suban, en ocultos é impenetrables senos llevan los gérmenes de la vida; y sin que nadie lo prevea ni lo explique nadie, brotan hermosas flores entre las espinas, se cogen sabrosos dátiles en el desierto, y corpulentos robles arraigan en grietas inaccesibles.

Es de muy pocos escalar la altura para domar al tiempo y al espacio. Sin duda que está reservado al genio dotar á los pueblos de vigorosas instituciones, de primorosos modelos á las letras, de ricos elementos á la industria y á las artes. Del genio es el pensamiento, el plan, la traza; pero la obra,

¿qué sería de la obra sin esa gloriosa chusma que la comprende y acomete, la perfecciona y amplía y la levanta y corona? Único es el sol, pocos los planetas; mas tendida la vista por toda la bóveda estrellada. A la armonía del universo no contribuyen más las constelaciones, los astros que brillan en el cenit, que los inquietos y vagabundos que parpadean en el horizonte.

Honrar á los modestos obreros, á los hombres de buena voluntad á quienes por voz de su ángel glorificó Dios omnipotente el día de la redención del mundo, será siempre meritoria y provechosa tarea, como lo es grabar en la memoria de un niño los nobles ejemplos de su padre, al inquirir cuál ha venido subiendo el nivel moral de las multitudes. Hacia el rumbo por inveterada afición trazado, pienso que será bien hablaros de los escritores y maestros que durante la dominación española promovieron en San Luis Potosí el adelantamiento de las ciencias y de las letras. Por la notoria semejanza que existe entre su misión y la vuestra, os interesará acaso el rápido bosquejo que pretendo hacer; persuadido de que si la investigación por los páramos del

pasado es árida y fatigosa, á poco que la curiosidad despierte y se ponga la mira en explicar ciertos fenómenos sociales que llevan impreso el carácter de nuestra raza, truécase en agradable excursión, pródiga de sorpresas é imborrables recuerdos. No presumo haberme apoderado de los secretos de la Esfinge; ni lograría realzar, menos en ligeros toques, el contorno de una edad tan dilatada y fecunda. Me contento con seguir una que otra pisada hasta dar en un collado accesible, desde donde alcanzo á ver el camino de las tumbas, de las tumbas exornadas con estatuas, sobre cuyos rostros de alabastro que parecen ciegos, puede leerse la calma del pensamiento y el reposo eterno.

I

Llegando de occidente por la ladera de Escalerillas, se abarca la ciudad de San Luis en angosto marco de verdura, sobre el que resaltan mejor las cúpulas y torres de las iglesias. Sin detenerse mucho en su panorama falto de rasgos peculiares, los ojos

se pasean por el ceniciento y escueto valle, buscando qué los cautive y fije; y apenas se clavan en las montañas del Potosí que hacia levante se interponen, antes de echarse á vagar por el azul del cielo.

El pasado se retrata en el semblante. Aunque han desaparecido los inmensos braseros y chimeneas de las fundiciones, en el campo yermo y la pelada serranía se ve la huella de un real de minas. Luchar no pudo el agricultor con la necesidad de combustible que arrasó sin piedad los montes; ni la gente minera fué amiga de entretenerse en labrar artísticos edificios. Su apego al terruño se ha medido siempre por el alza ó baja de las leyes metálicas; y su priesa de atesorar fué sólo comparable, al principio, con la de gozar en seguida las delicias y honores de la corte. Empero, ¿cuál veloz corriente no se desborda y en sus orillas no siembra de las arenas que arrastra? Aun dura la potosina bonanza, más que en el aspecto de la ciudad y en el censo de haciendas y moradores, en los numerosos exvoto que miramos como perenne monumento de la riqueza y de la fe. Ancha y angulosa torre conserva el gusto del siglo XVII,

á la par que en su churrigueresco estilo los otros campanarios muestran el sello del XVIII. Sus nombres proclaman el poder de los institutos monásticos; sus fechas revelan nuestro período de crecimiento; son las facciones, el tipo de una ciudad colonial, que no se obscurece ni desfigura con reliquia indígena alguna.

Aterrador problema se ofrece aquí á las meditaciones del sociólogo. Por este sitio y en muchas leguas á la redonda, vivieron sabe Dios cuántos años, sabe Dios cuántos siglos, hombres que se apartaron de las leyes comunes, puesto que, á diferencia de todos, en oposición á todos los que recibieron el nombre mejicano, en el estado salvaje los encontró la conquista. Demasiado sabemos de su vida vagabunda, de sus bárbaras costumbres, de sus frecuentes asaltos á las expediciones españolas por todos rumbo. Uno de sus capitanes, *Mazorro*, pregónó valientemente su nombre en las escaramuzas y emboscadas con que por largos años detuvieron á los conquistadores. Otros muchos, con él quizás, siguiendo á Fr. Diego de la Magdalena, pasaron á Méjico en 1590 á rendir sumisión al virrey. Era entonces

Juan Tengo ó Tenco señor natural de estas tierras, apellidado así por el mismo Diego Muñoz Camargo que á repartirlas vino entre guachichiles y tlaxcaltecas. Mas porque salvo en la guerra no mostraron vínculo social, imposible sería reconocerles otro predominio que el del valor y la fuerza. Hayan adorado á los astros ó á los renuevos de las plantas; hayan celebrado sus pactos tirando ensangrentada flecha á los pies de su aliado, ó corrido su suerte en aislados grupos sin estrella fija ni punzante anhelo, nunca se alimentaron mas que de la caza ó de los frutos espontáneos de la tierra. Jamás alzarón choza, y vano parece buscar en sus rancherías una construcción cualquiera, á no ser el *cúe*, túmulo descubierto hace poco en una hacienda vecina.

Algo es conocer el estilo. Pero su idioma, guachichil como su raza, ni en vocabulario ni en gramática subsiste. Del venerable Padre Loranca hemos leído que con la lengua mejicana alcanzó grande fruto entre zacatecas y guachichiles, lo cual induce á creer que la de éstos no era semejante de aquélla. Unos han llegado á confundirlas; otros, teniendo á los huicholas habitantes de Colo-

tlán en Jalisco, por resto de guachichiles, pues que venían acá de tanto en tanto á recoger misteriosa yerba para sus ritos, sustentan que ni dialecto del mejicano es el huichola, si bien ambos poseen palabras de igual raíz. Nadie ha comparado aún, seguramente por ignorar su significación y sonido propio, los apellidos indios que uno que otro de nuestros libros parroquiales en su primera página ostenta. Así que no idioma, no morada, no trabajo de los guachichiles queda; nada sino recuerdos de barbarie.

Apenas cabe presumir cuál fué su origen, para explicar en algún modo ese estancamiento de la vida. Diversas oleadas que con los nombres de toltecas, chichimecas y aztecas, bañaron la costa de occidente y por Jalisco y Michoacán llegaron al Valle de Méjico, fueron dejando en su tránsito á los cansados y enfermos, cual si querido hubiesen marcar indeleblemente la ruta. A su vez los primitivos pobladores que por el Pánuco entraron llegando de la mar, señalaron su viaje hacia Tula y Teotihuacán, surcando la costa levantina, que siguieron sin perder de vista las sierras nevadas y los volcanes. Pertenecen los cuextecas á

ese grupo, del cual se apartaron en Tamoachan para regresar á establecerse definitivamente en el Pánuco, reputado desde entonces lugar de asilo, por los chichimecas al menos, que ahí se dirigieron con su vencido jefe Yacánex, bajo el reinado de Xólotl, y por otros en ocasiones varias. Lo que es hoy el territorio potosino quedó en esta manera deslindado, y en la situación más adecuada para recibir y dar calor á los vencidos en guerra hartos frecuentes, y á los descontentos ó fugitivos. Así se explica que hacia 1594 testificara el P. Zarfate que en treinta guachichiles de la frontera del sur había no menos que cinco idiomas; y que dividiendo Sahagún á los bárbaros chichimecas, los distinguiera en nahoachichimecas, cuextecachichimecas y otonchichimecas, como si expresamente se refiriese á los aborígenes de San Luis, que por el ocaso lindaban con gentes nahoas, se confundían al oriente con los belicosos cuextecas y daban por el sudeste la mano á la bronca tribu de los otomíes. Escoria de los tiempos prehistóricos, núcleo que andando los años iba atrayendo indios de todas las castas, la población de estas partes convertida en hete-

rogénea mezcla, rehuendo la comunidad y el trabajo tenía que degenerar hasta el cabo.

Con sólo mirar de qué tan lejos venimos, queda realzada la improba labor de gobernantes y maestros. Cortés mismo hizo la guerra en el Huastecapan y no mucho después tornó Gonzalo de Sandoval á castigar duramente la rebelión de Tamazunchale y pueblos vecinos; de que se siguió la fundación de la villa de Valles en la frontera de oriente. Al estruendo de la conquista y descubrimientos por Nuño de Guzmán iniciados, empezaron á entrar por el mediodía y el poniente algunos aventureros. Sesenta años duró, sin embargo, la resistencia y feroz pelea de los guachichiles, que al fin se sometieron, no á la espada, pero á la cristiana exhortación de los humildes hijos de San Francisco. En 1591 puso sello al tratado de paz el establecimiento de colonias tlaxcaltecas en Colotlán, Venado, San Miguel Mexquitic y Tlaxcalilla; y entonces por vez primera el ejercicio de la caridad y enseñanza de la doctrina cristiana se vió en estos lugares unida á la práctica de la vida social: empe-

zó á cultivarse la tierra, y en derredor de la ermita surgieron las primeras casas.

Tardío como el principio hubiera sido el crecimiento de esta colonia, si le hubiesen faltado minas. Mas no bien halladas las de San Pedro, de todas las demás ciudades acudieron muchos españoles, mercaderes y oficiales de todos oficios; indios, negros y mulatos, gente de toda calaña; en grado que, á partir del 4 de marzo de 1592, en breves días numerosa congregación fundó en este sitio el real, á cuatro leguas del Cerro. Sirvió poco tiempo el cargo su primer alcalde mayor don Juan de Oñate, por tener que marchar á la nombrada expedición de Nuevo Méjico, con que terminó para siempre la era de los grandes ejércitos y las marciales proezas. Volvió á la vaina, enrojecida hasta el pomo, la férrea espada de los conquistadores. A los aventureros iban á suceder los golillas; á los misioneros el fraile doctrinero y el clérigo; á las fortalezas la casa de Ayuntamiento con su alhóndiga y cajas reales, y los conventos con su púlpito y su escuela y su colegio.

Injustamente desdeñada, la época colonial nos brinda con estudio grave sobre las

fuerzas que durante ella estuvieron en juego, y que tras lenta pero incesante evolución habían de chocar como chocaron de trescientos años al cabo. De parte de los conquistadores estaban los privilegios de clase, las prerrogativas de casta, la soberanía y el imperio; de parte de los conquistados, la predicación evangélica, los humanitarios preceptos de las leyes, la tradición y el amor al país. Contando aquéllos con las armas y éstos con el número, claramente se ve á quien correspondía la acción y la resistencia á quien. Entre unos y otros, menospreciada ó punto menos de los españoles, menospreciadora á su vez ó punto más de los indios, fué creciendo la raza mestiza, inteligente, apta, vivaz, que sin saberlo ella misma, tenía de la balanza el fiel: optando á los empleos públicos que se le escatimaron cada día menos, llegó á compartir la posición social de los españoles; aprovechándose mejor que éstos de la enseñanza, debía de ejercer prepotente influjo, y lo ejerció de veras en la Iglesia y en el Foro, únicas carreras que le era dado escoger: pruébalo que si un Cura inició la revolución de Independencia, á los letrados de

Chilpancingo cupo la gloria de proclamar la República.

En una ciudad como ésta, colonial desde sus cimientos, tiene que ser más fácil y provechoso ese estudio. Por su lejana y tardía comunicación con el centro, en ella se presentaron al descubierto las ventajas y defectos del sistema, como que reducidos los elementos sociales á su más simple expresión, la historia de su desenvolvimiento había de ofrecer clara y distintamente los signos peculiares de su carácter. Y acaso para notarlos basta examinar la marcha de la instrucción pública, si cualesquiera que sean los ejes en que la máquina gubernamental volteara, la escuela es cabal resumen de las instituciones sociales.

Si me decís que la primera se abrió en 1792, responderé que os engañáis. La escuela estuvo en los temerosos riscos y espesuras adonde los misioneros iban á buscar al salvaje para darle ejemplos sublimes de abnegación y amor; estuvo en las primeras ermitas donde, ya domada la ferocidad de los naturales, por señas y figuras antes que poseyera la lengua, iba el religioso pacientemente explicando los principales miste-

rios de nuestra fe; estuvo también, y por largos años, en el patio de los conventos, donde el monje enseñaba en español la doctrina cristiana á los niños, y á los adultos en su idioma, compeliéndolos mediante lista á concurrir en los días festivos. Mientras todo estaba por crear, la diversidad de idiomas y el carácter de los guachichiles y la vida licenciosa de los españoles eran obstáculos difíciles de vencer para numeroso y selecto cuerpo de maestros, suficientemente dotado de libros, dinero y ventajosos útiles de enseñanza; ¡cuánto más para el reducido gremio de religiosos, que vivían de limosna, agotaban sus fuerzas en el ministerio sacerdotal y los más carecían de útiles escolares que no fuesen el puntero con que señalaban las figuras para explicarlas y el Breviario ó Misal en que daban á conocer las primeras letras! Quienesquier que seais vosotros los que ponéis esfuerzo en arraigar y extender la instrucción obligatoria, confesad que no es una presea de nuestro tiempo. Los que sabéis estimar las dificultades de la primera enseñanza y ponderáis el fruto de la objetiva, haciéndola consistir no tanto en cosas que despierten ideas

como en acciones madres de tierno afecto y perdurables anhelos, dadme una que valga cuanto la de aquellos humildes frailes, que abrían los brazos como su divino Maestro en la cruz, para llamar á sí todos los hombres.

¿Quién de los modernos educadores alcanzaría á besar la fimbria de aquellos colosos? Empieza la serie con fray Diego de la Magdalena, con el heroico lego que llevando al cabo la pacificación de esta tierra, hizo por sí lo que en sesenta años (1531-1591), no pudieron las armas. A su derecha va fray Pedro de Espinareda, el primer prelado de esta custodia franciscana, que escribió un *Arte ó Vocabulario del Idioma de los Zacatecas*, por desgracia perdido; no lejos de él, Fray Juan de Ayala, doctor parisiense en Sagrados Cánones, que vivió en el convento franciscano de esta ciudad á raíz de su fundación, y compuso *Opus Canonicum Morale*, donde es verosímil que trató las cuestiones á la sazón debatidas sobre la conversión y gobierno de los indios; y en pos, una legión, la de los héroes sin nombre, que revelan su número y esfuerzo en la magnitud de la obra, como por el grueso de

los muros y lo airoso de las bóvedas y la robustez y elevación de las torres se adivina la enormidad del cimientó de las construcciones que alzaron. Fueran á la verdad menos dignos de loa, si hubiesen guardado en libros su nombre y sus hazañas; mas porque mejor se aplicaron á emprenderlas que á escribirlas, mayormente debemos aclamarlos, en coro al menos, como á ejército victorioso que sigue la vía triunfal en pos de su candillo y su bandera.

II

A la entrada del siglo XVII, para notar el paso de la edad heróica á la tranquila de reconstrucción y engrandecimiento, bien es erigir dos columnas con piedras sacadas de nueve templos y conventos de agustinianos; echar el arquitrabe con numerosos volúmenes de Teología, Jurisprudencia, Filología é Historia; ornar el cornisamento con las inscripciones que dicte la gratitud de mejicanos, tarascos y matlatzincas; y alzada así en arco de triunfo la obra de sesenta y cuatro años de humilde, casta y religiosa

vida, asentar sobre la clave el venerable busto de fray Diego Basalenque, para que cual llegan las olas una tras otra y de blanca espuma salpican al marino peñón inamovible, así á pagarle deuda de admiración y amor lleguen una en pos de otra las gentes todas de esta región americana.

Cuando fray Pedro de Castroverde, venciendo contradicciones de cuatro años (1599-1603), ganó licencia del conde de Monterrey para abrir el templo de San Agustín y tocar su campana, tenía San Luis seis cuadras ó calles que hasta hoy conservan su primitivo lineamiento: aun se conocen las cuatro primeras con los nombres del Arenal, San Agustín, la Concepción y la Cruz; corre la quinta de la Santísima Trinidad á la Caja Real (obispalía después); y va la sexta del Santo Entierro (costado de San Francisco), á la ermita de la Santa Veracruz, convertida al fin en templo de la Compañía. Hallábase la población diseminada por las minas, el real, los laboríos, las haciendas de beneficio y las carboneras á distancias de quince ó más leguas. No bastando los clérigos que de la mitra de Michoacán hubo desde el comienzo, faltaba doctri-